

cómodo convento, edificio semejante á todos los conventos de Francia ó de Italia, y donde los padres latinos ejercen tan libremente, y con tanta seguridad y publicidad, las ceremonias de su culto como pudieran hacerlo en una calle de Roma, capital del cristianismo. Mucho se ha calumniado, sobre ese punto á los musulmanes: la tolerancia religiosa, mas diré, el respeto religioso, están profundamente introducidos en sus costumbres. Son ellos tan religiosos, y tan celosos de la libertad de los ejercicios de su culto, que la religion de los otros hombres es lo último á que se atreven á atentar. Tienen á veces una especie de horror hácia una religion cuyo símbolo ofende á la suya; pero no aborrecen y desprecian mas que al hombre que no implora al Omnipotente en ninguna lengua; á esos hombres no los comprenden, tan presente está siempre á su espíritu el pensamiento evidente de Dios y tanto llena su alma.—Quince ó veinte padres españoles é italianos viven en este convento, ocupados en cantar las alabanzas del Niño-Dios, y las glorias de su Madre, en el templo mismo donde vivieron pobres é ignorados. Uno de ellos, á quien llaman el cura de Nazaret, está especialmente encargado de los cuidados de la comunidad cristiana del pueblo, que cuenta de siete á ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas y solo un millar de musulmanes.

Los padres nos llevaron en el discurso del dia á las iglesias maronitas, á la antigua sinagoga donde Jesus niño iba á instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia, y al taller donde San José ejercia su humilde oficio de carpintero. Observamos con sorpresa y placer las muestras de deferencia y respeto que los vecinos de Nazaret, hasta los turcos, dan siempre á los padres de la Tierra Santa. Un obispo, en las calles de una ciudad católica, no se veria ni mas honrado, ni tratado mas afectuosamente que se ven estos religiosos aquí. La persecucion está mas distante del sacerdote en las costumbres del Oriente que en las de Europa, y si desea el martirio, no es aquí adonde debe venir á buscarle.

12 de Octubre, 1832.

Salimos á las cuatro de la madrugada para el Monte Tabor, sitio designado de la trasfiguracion, cosa improbable, porque en aquella época la cima del Tabor estaba cubierta por una ciudadela romana. La situacion aislada y la elevacion de aquella hermosa montaña, que sale, como un ramillete de verdura, de la llanura de Esdraelon, hizo que se le eligiera en los tiempos de S. Gerónimo, para teatro de aquella sagrada escena. En la cumbre se ha erigido una capilla, á donde los peregrinos van

á oír el santo sacrificio; ningun sacerdote reside en ella; la sirven los de Nazaret. Llegado que hubimos al pié del Tabor,—soberbio cono de una regularidad perfecta, cubierto por todas partes de plantas y encinas,—nos extravió el guía. Me siento solo, bajo una hermosa encina, con corta diferencia, en el sitio donde Rafael coloca en su cuadro los discípulos deslumbrados por la claridad de arriba, y espero que el padre haya celebrado la misa. Nos le anuncian desde lo alto con un pistoletazo, á fin de que podamos arrodillarnos en las gradas naturales de aquel altar gigantesco, delante de aquel que erigió el altar y estendió la esplendente bóveda del cielo que le cubre.

Al medio dia salimos para el Jordan y el mar de Galilea.—Cruzamos á la una las colinas bajas y bastante sombreadas, en que estriban las faldas del Tabor.—Entramos en un gran llano de ocho leguas de largo sobre igual anchura por lo ménos. Se ve en medio un kan arruinado de arquitectura de la edad media.—Atravesamos algunas aldeas de pobres árabes que cultivan el llano; cada aldea tiene un pozo situado á alguna distancia, y algunas higueras y granados plantados no léjos del pozo. Esta es la única señal de bienestar. Las casas no pueden distinguirse sino acercándose mucho: son unas especies de chozas de seis á ocho piés de altura, á manera de cubos de barro amasado con paja picada que forma el tejado en figura de azotea.—Estos

terrados sirven de patio: allí está todo su ajuar, una manta y una estera.—Casi siempre están allí los niños y las mugeres; estas no van tapadas y llevan lábios teñidos de azul, lo mismo que los párpados; tambien se pintan ligeramente al rededor de los lábios y sobre las mejillas. No llevan mas vestido que una camisa azul prendida con una faja blanca sobre las caderas; todas tienen la apariencia de la miseria y del dolor. Los hombres van cubiertos con una capa sin costura, de una especie de paño burdo, listado de negro y blanco, sin ninguna forma, y con los brazos, las piernas y el pecho al aire. Despues de haber atravesado por espacio de seis horas, aquella llanura amarillenta y pedregosa, pero fértil, vemos el terreno rebajarse poco á poco bajo nuestros piés, y descubrimos el inmenso valle del Jordan y los primeros resplandores azulados del hermoso lago de Genezaret ó del mar de Galilea, como le llaman los antiguos y el Evangelio. Pronto se desarrolla todo entero á nuestros ojos, rodeado por todas partes, escepto hácia el Mediodía, de un anfiteatro de altas montañas grises y negras. En su estremidad meridional, é inmediatamente bajo nuestros piés, se estrecha y se abre para dejar salir el rio de las Profecías y el rio del Evangelio, el Jordan!

El Jodan sale del lago serpeando, se desliza por la llanura baja y pantanosa de Esdraelon, á cosa de cincuenta pasos del lago, y pasa hirviendo un

poco y haciendo oír su primer murmullo bajo los ruinosos arcos de un puente de arquitectura romana, hácia donde nos dirigimos por una pendiente rápida y pedregosa para ir á saludar sus aguas consagradas en los recuerdos de dos religiones: á los pocos minutos llegamos á sus márgenes; nos apeamos de nuestros caballos y nos bañamos la cabeza, los piés y las manos en sus aguas dulces, tibias y azules como las del Ródano cuando salen del lago de Ginebra. El Jordan, en aquel sitio, que debe ser poco mas ó ménos la mitad de su carrera, no mereceria el nombre de rio en un país de mas espaciosa dimensiones; pero sin embargo excede con mucho al Eurotas, al Cefiso y á todos esos rios cuyos nombres fabulosos é históricos resuenan desde la infancia en nuestra memoria y nos presentan una imàgen de fuerza, de rapidez y de abundancia que destruye la vista de la realidad.

El Jordan, aun aquí, es mas que un torrente; aunque al fin de un otoño sin lluvia, revuelve lentamente, en un cauce de sobre cien piés de ancho, una sàbana de agua de dos ó tres piés de profundidad, clara, límpida, trasparente, tanto que pueden contarse las guijas del fondo, y de uno de aquellos hermosos colores de agua que reproduce todo el profundo color de un firmamento de Asia —todavía mas azul que el cielo, como una imàgen mas bella que el objeto, como un espejo que colora lo que refleja. A veinte ó treinta pasos de

sus aguas, la playa, que ahora deja en seco, està sembrada de piedras rodadizas, de juncos y de algunas matas de ogiacanta todavia en flor.

Esta playa tiene de cinco á seis pies de profundidad debajo del nivel de la llanura, y manifiesta la dimension del rio en la estacion ordinaria de la crecida de las aguas. Ésta dimension, en mi concepto, debe ser de ocho á diez piés de profundidad, sobre ciento á ciento veinte de anchura. Es mas angosto, mas alto y mas bajo en la llanura; pero entonces està mas encajonado y mas hondo, y el sitio donde le contemplábamos es uno de los cuatro vados que tiene el rio en toda su carrera. Bebí en la palma de mi mano agua del Jordan, esa agua que tantos poetas divinos han bebido àntes que yo, esa agua que corrió sobre la inocente cabeza de la víctima voluntaria! Aquella agua me pareció perfectamente dulce, de un sabor agradable y de una rara tersura:— la costumbre que se contrae en Oriente de no beber mas que agua, y de beberla á menudo, hace al paladar excelente juez de las cualidades de una agua nueva. No le faltaria al agua del Jordan mas que una de estas cualidades, la frescura:—estaba tibia, y aunque una caminata de once horas sin sombra, bajo un sol devorante, habia abrasado mis labios y mis manos, ellos y ellas experimentaban una impresion de calor al tocar el agua de aquel rio.

Como todos los viajeros que van, arrostrando tantas fatigas, distancias y peligros, á visitar en su soledad ese rio, en otro tiempo rey, llené algunas botellas con agua de su corriente para llevárselas á algunos amigos ménos felices que yo, y llené mis pistoleras de guijarros que cogí en las orillas de su corriente. ¡Ah! ¡Ojalà hubiera podido llevar tambien la santa y profética inspiracion con que abrevaba en otro tiempo á los bardos de sus sagradas orillas, y sobre todo un poco de aquella santidad y de aquella pureza de espíritu y de corazon que contrajo sin duda bañando al mas puro y santo de los hijos de los hombres!—Volví luego a montar á caballo; ví á la vuelta algunos de los ruinosos pilares que sostenian el puente ó acueducto de que ántes he hablado:—nada ví mas que la masonería degradada de todas las construcciones romanas de aquella época, ni mármol, ni escultura, ni inscripciones;—ningun ojo subsistia, pero todavía estaban en pié diez machones; y se distinguian los cimientos de otros cuatro ó cinco:—el espacio entre cada dos manchones era de sobre diez piés,—lo que se aviene bien con la dimension de ciento veinte piés que, á ojo, creo deber dar al Jordan.

Por lo demas, lo que escribo aquí de la dimension del Jordan, no tiene por objeto mas que satisfacer la curiosidad de las personas que desean representarse medidas esactas aun de las imágenes mismas de sus pensamisntos, y no prestar armas á

los enemigos ó á los defensores de la fé cristiana, armas miserables por ambas partes. ¿Qué importa que Jordan sea un torrente ó un rio? ¿Que la Judea sea un monton de piedras estériles, ó un jardin delicioso? ¿Que esta montaña no sea mas que una colina, y tal reino una provincia? Esos hombres que se encarnizan, se enconan sobre semejantes cuestiones, son tan insensatos como los que creen haber destruido una creencia de dos mil años, cuando han procurado laboriosamente dar un mentís á la Biblia y un bofeton á las profecías.

¿No seria cosa de creer, viendo esas grandes luchas sobre una palabra mal comprendida ó mal interpretada por ambas partes, que las religiones son cosas geométricas que se demuestran con una cifra ó se destruyen con un argumento; y que generaciones enteras de creyentes ó de incrédulos están aguardando el fin de la discusion para pasarse al partido del mejor lógico y del anticuario mas erudito, é ingenioso? ¡Estériles disputas, que ni seducen ni convierten á nadie! Las religiones no se prueban, no se demuestran, no se establecen, no se arruinan con la lógica! ¡Son, de todos los arcanos de la naturaleza y de la mente humana, el mas misterioso é inesplicable! ¡Son de instinto y no de raciocinio! ¡Como los vientos que soplan del Oriente ó del Occidente; pero cuya causa ni cuyo punto de partida conoce nadie; soplan, solo Dios sabe de donde, solo Dios sabe por qué,